

LA TENSION TEORIA-PRACTICA EN LA ENSEÑANZA DE LA COMUNICACION

Carlos E. Luna Cortés

1. PRESENTACION

La desvinculación entre teoría y práctica es un mal endémico en la enseñanza de la comunicación en México y América Latina. No hay foro ni discusión sobre la formación profesional de los comunicadores en el cual no se esgrima esa desvinculación como uno de los problemas más graves que aquejan a la enseñanza.

La denuncia suele venir de los estudiantes, muchos de los cuales terminan la carrera con la sospecha de que la mayor parte de lo que aprendieron en la universidad poco o nada aporta al ejercicio de la profesión; mientras que, del otro lado de la moneda, lo que consideran fundamental, la capacitación «práctica», brilló por su ausencia o, en el mejor de los casos, se resolvió en una superficial introducción insuficiente por completo para dar respuesta eficiente a las demandas del mercado de trabajo.

Esta percepción se encuentra a su vez reforzada por los mismos empleadores quienes sistemáticamente reprochan a las universidades su dificultad para orientar las tareas educativas hacia las necesidades concretas del sector productivo, y su incapacidad para superar los -a su juicio- excesos teoricistas e ideológicos que saturan a la enseñanza y obstaculizan el cumplimiento de sus funciones y propósitos sociales.

El problema se presenta también entre los profesores al interior de las propias carreras de comunicación, a partir de una división académica del trabajo que se expresa en la categorización a priori de las materias o áreas del plan de estudios que organizan los currícula y que, en no pocas ocasiones, deriva en una tensión irreductible que anula las posibilidades del diálogo universitario y los esfuerzos por una formación coherente y educativamente productiva.

La dificultad para plantear una formación sólida en lo conceptual pero al mismo tiempo apropiada en términos de la respuesta eficiente a las necesidades de la sociedad nos remite, en última instancia, a la discusión sustantiva sobre el sentido mismo de la universidad y su vinculación social; discusión que no es nueva, pero que en los últimos años ha cobrado nuevos aires en el marco de las tendencias modernizadoras que sacuden a México y buena parte de América Latina, y la consiguiente redefinición de las políticas educativas que estas tendencias han puesto en la escena, con los conflictos e incertidumbres que caracterizan a los tiempos que corren.

El presente artículo es un esfuerzo por replantear el significado de la tensión teoría-práctica en la enseñanza de la comunicación, con la esperanza de que este replanteamiento contribuya a los fines de un control más claro e intencional de la actividad educativa en las carreras de comunicación y a perfilar, desde ahí, modos creativos y productivos de contribución social.

2. LOS SIGNIFICADOS DE LA TENSION

La tensión entre la teoría y la práctica asume diversos significados y referentes en la enseñanza de la comunicación.

En un primer significado esta tensión tiene como referentes la codificación de saberes en categorías de materias o asignaturas dentro de los planes de estudio. Según la concepción tradicional la teoría corresponde a las materias en las cuales predomina, como método de trabajo, la exposición del maestro o la lectura de textos sobre contenidos abstractos, mientras que la práctica tiene su lugar ahí donde los estudiantes aprenden a hacer cosas concretas.

La teoría se identifica con el pensar, el entender o el comprender, y la práctica con el hacer material. En el extremo esta concepción extiende el ámbito de lo teórico a cualquier situación educativa de tipo discursivo, independientemente del contenido, referente y orientación del discurso; y reduce lo práctico a la producción de mensajes en laboratorio con el recurso de la tecnología.

Desde esta perspectiva las carreras de comunicación son más o menos teóricas o más o menos prácticas, según la proporción existente entre las materias con uno u otro énfasis o, si se quiere, en función del tiempo que los estudiantes pasan en el aula exponiéndose al discurso, por definición abstracto, del profesor, o en el laboratorio realizando actividades de producción, por definición concretas.

Asumida así la tensión, la articulación entre la teoría y la práctica se concibe en términos de la «aplicación» posible de una en la otra. Es decir, el sentido de la teoría se resuelve en su grado de aplicabilidad en la producción técnica, con lo que queda despojada de su naturaleza interpretativa y de su capacidad como recurso de intelección para convertirse en la exposición discursiva de un procedimiento cuya finalidad es la organización de un hacer técnico.

En un segundo sentido, la tensión se disuelve en la dicotomía entre el ser y el deber ser, o entre la realidad que se asume como natural y los idealismos que se expresan en buenas intenciones pero carentes de viabilidad frente a la contundencia de los hechos. La aseveración cotidiana de que «en teoría las cosas deberían ser así, pero en la práctica son de otra manera»,

enunciada como un llamado a la conciencia realista, manifiesta claramente este significado y descalifica implícitamente la afirmación del deber ser sobre el ser.

En el caso de las carreras de comunicación, este sentido opera a propósito de la orientación general de la enseñanza y su articulación con el ejercicio de la profesión. Según esta manera de entender las cosas una carrera es práctica en la medida en que forma eficientemente a sus estudiantes en los saberes específicos que demandan las instituciones empleadoras, de tal manera que el egresado encuentre acomodo expedito en el «mundo real» de la profesión y esté apercibido de los recursos necesarios para enfrentar las múltiples solicitudes operativas y cotidianas de ese mundo: desde negociar bien con el jefe o los clientes, hasta llevar bien su contabilidad fiscal, pasando por todas las técnicas y procedimientos necesarios para producir un programa de televisión, redactar una nota periodística o diseñar un cartel.

Una carrera es teórica, en cambio, cuando se desentiende de las exigencias anteriores o las coloca en segundo plano y enfatiza los saberes necesarios para comprender el mundo, cuestionarlo y promover el cambio. Este tipo de saberes vinculados sobre todo con la crítica social y el discurso de la alternatividad resultan ordinariamente connotados de idealistas y con ello, descalificados en los hechos frente a la apabullante realidad del «mundo real».

Esta manera de entender la oposición entre teoría y práctica se encabalga con la clásica dicotomía entre las carreras «críticas» y las «profesionalizantes», dicotomía que tanto se ha usado para encajonar la enseñanza de la comunicación, y que tan pobre servicio ha prestado para entender y asumir un campo académico mucho más rico, complejo y elusivo.

Los reduccionismos y esquematizaciones en los significados de la relación teoría-práctica como los esbozados anteriormente pueblan, como muchos otros, nuestras carreras de comunicación y alimentan las formas como se transita por ellas, pero adquieren su verdadera dimensión y trascendencia cuando sobre ellos se estructura la enseñanza y se diseñan sus dispositivos metodológicos. Sobre este tipo de bases las preguntas sobre el diseño curricular se formulan inevitablemente en términos de la proporción más adecuada entre un tipo de materias y otro, o entre uno y otro tipo de contenidos, o en los equilibrios, siempre precarios, entre la dosis de compromiso social y formación moral que preserva las buenas conciencias, y el pragmatismo que asegura cuotas de alumnado y buenas relaciones con los medios profesionales y patrocinadores, manteniendo con ello la desarticulación educativa, transfiriendo al estudiante el peso de la integración en algún momento imaginario de su carrera o de su desempeño profesional.

En mi opinión estas maneras de plantear la tensión teoría- práctica y sus consecuencias curriculares y pedagógicas son estériles y concluyen en componendas según la correlación de las fuerzas que opera en los ámbitos académicos, pero no generan marcos y criterios metodológicos educativamente productivos.

Para atender adecuadamente el problema es necesario, aunque no suficiente, superar los lugares comunes y replantear analíticamente las nociones de teoría y de práctica y los términos de su relación, aunque con ello perdamos algunas de nuestras seguridades y nos veamos obligados a intentar otros caminos y transitar por nuevas incertidumbres.

3. LA TEORIA DESDE LA PRACTICA

Si de lo que se trata al final de cuentas es de la formación profesional, es decir, del desarrollo en los estudiantes de un conjunto de saberes y competencias para el desempeño de una actividad profesional dentro de un campo de trabajo determinado, me parece que lo más indicado es ubicar la discusión alrededor de la noción de práctica como categoría central y englobante. Creo además que en un sentido amplio, la comprensión teórica de la realidad encuentra su sentido en una orientación que, directa o indirectamente, ejerce sobre la actividad humana o, si se quiere, sobre la praxis social y que, por lo tanto, es en el significado de «práctica» en el que se puede replantear y, eventualmente, resolver la cuestión.

Desde una perspectiva sociológica entiendo por práctica el trabajo aplicado a la transformación de las condiciones naturales o sociales de existencia. Toda práctica descansa en la acción humana individual, grupal o institucional y se encuentra socialmente regulada, es decir, sometida a la mediación de factores que trascienden la voluntad y, frecuentemente, la conciencia de los actores. El carácter socialmente regulado -no autónomo- de la práctica tiene su correlato en su condición de instancia productora de la realidad social, en esa dialéctica entre lo instituido y lo instituyente o entre lo estructurado y estructurante que explica la permanencia y el cambio de la realidad. O, para usar una fórmula clásica, es a través de las prácticas como los hombres construyen su realidad pero siempre bajo condiciones determinadas(*).

En toda práctica es posible reconocer analíticamente los siguientes elementos:

- a) un sujeto, entendido no como una persona que se desempeña desde la autonomía exclusiva de su propia voluntad, sino como un actor social que puede ser considerado de manera individual, grupal o institucional, y cuya actuación se encuentra referida a roles y funciones socialmente establecidos;
- b) el significado que el sujeto tiene de sí mismo en cuanto tal, de su práctica y del entorno social donde ésta se produce;
- c) una actividad o conjunto estructurado de operaciones con el empleo de ciertos recursos, sometido ordinariamente a un patrón o rutina a través del cual la práctica se realiza; y
- d) una materia prima natural o social que se transforma como resultado de la actividad. Es decir aquello que se produce en la práctica.

Conecto la noción de teoría con la del significado de la práctica, lo cual exige desarrollar un poco más este elemento. No hay acción social sin representación social o, lo que es lo mismo, toda práctica está revestida de un significado para el sujeto que la realiza y para aquellos otros con quienes este sujeto interactúa. En un sentido amplio el significado de toda práctica incluye: un componente teleológico (los fines que persigue la práctica) sustentado a su vez en un marco axiológico (los valores que dan sentido y justificación a esos fines); una racionalidad (la manera como se entiende la relación entre los valores, los fines y la actividad), y una interpretación sobre la relación de la práctica con otras prácticas en el marco de la vida social.

El significado en sus componentes puede ser más o menos consciente, más o menos consistente y más o menos informado, pero nunca ausente de la práctica. En otros términos: la finalidad, la valoración, la racionalidad y la interpretación social no son elementos opcionales, accesorios o accidentales de la práctica sino constitutivos de ella y por lo tanto, elementos que participan en el modo como la práctica se realiza, en su orientación y sus consecuencias sociales. Hasta aquí una breve y apretada conceptualización de la práctica. Pasemos ahora a una igualmente breve elaboración de la noción de teoría y su relación con la práctica.

Dicen los sociólogos contemporáneos que existe una sociología espontánea o laica y una sociología sistemática o de iniciados. La primera está configurada por el conjunto de concepciones que sobre lo social tiene el hombre común y corriente y que corresponden con el saber ordinario o de sentido común. La segunda es la que realizan los sociólogos de manera sistemática y desde las exigencias propias de la ciencia. Ambas sirven para lo mismo: comprender el mundo social para orientarse en él. De la primera participamos todos sin mayores complicaciones, por el mero hecho de ser actores sociales. La segunda es el resultado de lo que hacen algunos iniciados, quienes se han echado a cuestras el compromiso de comprender o explicar la sociedad por la vía larga, pero más segura de la ciencia; lo que los obliga a entender la sociología que ejercemos los que no somos sociólogos por la sencilla razón de que la sociedad es el resultado de lo que, bien o mal, hacemos todos.

Una teoría es un conjunto estructurado de conceptos que sirve para entender una parte o aspecto de la realidad. La teoría puede tener como objeto cualquier cosa concebible por cualquier mente humana y representarla en diversos niveles o escalas de abstracción. Tenemos así -por poner algunos ejemplos- teorías generales de la sociedad y teorías sobre la descampenización del agro; teorías de la comunicación humana y teorías sobre los códigos audiovisuales; teorías del origen y evolución del universo y teorías sobre la cristalización del carbono, etc. En el sentido duro del término, el estatus teórico se asigna sólo a los conjuntos conceptuales suficientemente organizados que han sido el resultado de una labor de investigación sistemática y que representan a la realidad de manera contrastada o contrastable empíricamente. En este sentido la teoría suele ser asunto de iniciados, es decir, personas que han tenido un entrenamiento especial para producir y operar esos conjuntos o de quienes han logrado con base en la experiencia sistemática este tipo de competencia. En su acepción blanda la teoría se identifica con las representaciones del sentido común o conocimiento ordinario que cualquier lego usa para interpretar el mundo y su actividad dentro de él, independientemente del nivel de sistematicidad, organicidad y contrastabilidad que estas representaciones tengan. En ambos casos la teoría es un recurso para estructurar el significado de las prácticas. Es decir, las representaciones teóricas sobre la realidad tienen un efecto en la manera como los sujetos informan los valores, los fines, la racionalidad y la interpretación social de sus prácticas.

Por otra parte, las teorías son producto de la actividad humana. En ese sentido se puede hablar con todo derecho de la «práctica teórica». En otras palabras, la producción teórica es un trabajo de transformación -en este caso del conocimiento- que, como cualquier otra práctica, se encuentra socialmente regulado y tiene consecuencias en la sociedad, precisamente por el efecto que produce en la constitución del significado de las otras prácticas y de la consecuente orientación que ejerce sobre la actividad humana.

En síntesis, la teoría no agota, su sentido en sí misma, ni es un recurso exterior aplicable en la práctica, sino que forma parte constitutiva de ella.

4. EL EJERCICIO PROFESIONAL DE LA COMUNICACION COMO PRACTICA

A partir de lo expuesto hasta ahora el ejercicio profesional de la comunicación entendido como práctica se nos presenta como algo mucho más complejo que la producción de mensajes y las operaciones técnicas, creativas o administrativas asociadas con la producción, en respuesta a las demandas del mercado. Es fundamentalmente un trabajo de transformación de una materia, prima social que solemos llamar de múltiples maneras: significación, sentido, representación, información... trabajo mediante el cual nos relacionamos y participamos en nuestra constitución como sujetos y en la construcción de la realidad.

Lo que solemos reconocer como «la práctica» no es desde esta perspectiva sino actividad, ciertamente compleja y que demanda destrezas y saberes específicos aplicados a materias y procedimientos igualmente específicos, pero siempre ubicada en el marco de una teoría que la desborda y de la que adquiere su sentido.

Como toda práctica, la de la comunicación tiene para el sujeto que la realiza un significado informado por la teoría, sea ésta

la de los iniciados o la de los legos. En este sentido, no es posible decir con propiedad que existe o puede existir una práctica de la comunicación desvinculada de una teoría. Cualquier profesional de la comunicación, se haya formado como tal en una universidad o ejerza la profesión a partir de la propia experiencia, tiene un conjunto de representaciones de lo que hace, de por qué lo hace de esa manera y de qué consecuencias sociales tiene lo que hace; representaciones que informan su práctica y, por lo tanto, la orientan.

El problema que debe plantearse es el de la propiedad de esas representaciones para los efectos de un control más consciente, organizado e informado de la práctica, o sea, para los efectos de la constitución de un significado en el que estén articuladas consistentemente las finalidades, la racionalidad, la interpretación social y la valoración de la práctica.

Desde esta perspectiva la teoría, en el sentido duro, puede y debe aportar elementos para la articulación consciente del significado de la práctica. Desde el punto de vista de la formación y el ejercicio profesional de la comunicación ése es el sentido y el criterio de evaluación de los saberes teóricos. En otras palabras, no se trata de un problema de aplicación de la teoría como recurso instrumental, aunque en ciertos momentos la teoría pueda ser útil a ese propósito, ni tampoco de resolver el prurito de cientificidad o criticidad al servicio del cual se disponen en los planes de estudio ciertos contenidos conceptuales codificados en paquetes exterior y previamente organizados, al modo de la esquematización clásica de funcionalismo, estructuralismo, marxismo, que ha alimentado nuestros currícula y en la que se han formado miles de profesionales. De lo que se trata es de que la teoría sistemática se incorpore y se apropie como recurso de intelección y orientación de la propia práctica en su complejidad. Es decir, al servicio del sujeto en su interacción cotidiana como recurso de control de sus opciones y de su actuación social. Por supuesto, nada garantiza que esto ocurra. Por el contrario, en muchos casos los saberes que informan efectivamente la práctica, sea para la que se prepara el estudiante o la que ejerce el profesional se muestran impermeables a la teoría sistémica y se pueblan del lugar común y el recetario relegándola al archivo muerto en donde acabará por perderse en los laberintos de la memoria o, en el mejor de los casos, conservándola como cultura general.

La tensión entre teoría y práctica se disuelve, entonces, en la tensión entre distintos modos de intelección: aquel que se sustenta en un saber teórico-sistemático al servicio del control intencional e informado de la práctica, y aquel otro sustentado en el lugar común y la esquematización fácil que propicia la expropiación de la práctica por las rutinas, sentidos y orientaciones ajenos al sujeto pero que éste asume con mayor o menor conciencia como recurso de sobrevivencia.

Contrapuestos estos dos modos de intelección, el banquillo de los acusados no está destinado para los saberes ordinarios que pueblan la práctica y que frecuentemente contradicen los contenidos teóricos sistemáticos y académicamente legitimados, sino para las carreras de comunicación que, por lo general, se han mostrado incapaces de ofrecer alternativas teóricas viables en términos de apropiación y pertinencia a la práctica comunicacional. El problema no radica entonces, en que los estudiantes y profesionales tengan el significado que tienen de su práctica futura o , actual, sino en cómo es posible informarlo de manera más consistente con el concurso de la teoría sistemática, lo cual nos introduce de lleno en el terreno de lo pedagógico.

5. LA PRACTICA COMO OBJETO DE REFERENCIA METODOLOGICA

El punto de partida para operar curricular y pedagógicamente la relación teoría-práctica de manera más productiva en la formación profesional de los comunicadores consiste en repensar el propio objeto académico de la formación.

Pensar este objeto a partir del eje semántico que opone los saberes teóricos que luego serán «aplicados» en el ejercicio profesional, con las habilidades y destrezas para las operaciones de la actividad, es tan útil como concebir la formación a partir de la oposición entre crítica y compromiso social, por una parte, y eficacia de mercado por la otra.

No se trata, en suma, de elegir entre la teoría y la práctica en sus acepciones ordinarias, sino de resolver de entrada la tensión apostando por la práctica comunicacional en el sentido en que ha sido expuesto anteriormente. Es decir se trata de una actividad educativa orientada al desarrollo de un sujeto competente para la práctica de la comunicación, ahí donde esa práctica sea pertinente en términos profesionales y con todos los saberes que esa práctica requiera.

Si la apuesta es por la práctica, el criterio para la definición de los saberes teóricos necesarios se desplaza del campo académico a la práctica misma. El problema de la teoría en la enseñanza de la comunicación deja de tener su referencia en los saberes teóricos codificados en el campo, y se presenta como un reto de teorización pertinente. En otras palabras, el problema no radica en organizar y priorizar el saber teórico existente sobre comunicación y distribuirlo en una determinada cantidad de asignaturas, en un esfuerzo por dotar al estudiante de un capital de conocimiento formado desde fuera, sino en colocar al estudiante concreto, con sus afanes y perspectivas, en el proceso de constituir el significado de la práctica para la que se prepara; porque al final de cuentas, ningún saber teórico, por mejor estructurado que esté y por persuasiva que sea su estrategia de presentación, resiste por sí mismo la opción del sujeto por una actividad profesional específica y las exigencias de control que esta actividad plantea, cuando ese saber no tiene nada que aportar en beneficio de esa opción.

Esto no significa, por supuesto, renunciar a los saberes existentes, sino trabajarlos de manera tal que el estudiante pueda encontrar en ellos recursos de intelección, directos o indirectos, a problemas y situaciones concretos de la profesión.

Colocados en esta posición habremos de reconocer los enormes vacíos que separan la práctica comunicacional, en sus circunstancias y solicitudes cotidianas, de las construcciones teóricas que, como contenidos de aprendizaje, se organizan en nuestros planes de estudio. Hasta con preguntar a nuestros estudiantes avanzados o a nuestros egresados cuánto del contenido teórico que enseñamos en nuestros cursos de teoría de la comunicación, sociología de la comunicación, semiótica o filosofía conservan en su acervo cognoscitivo, y cuánto de ello está vivo como recurso eficiente en su práctica, para darnos cuenta de estos vacíos y de la marginación en la que esos contenidos acaban en el proceso de formación y de ejercicio profesional.

En el fondo el problema estriba en operar curricularmente una referencia clara hacia la práctica comunicacional que organice y articule los distintos saberes que se desarrollan en la formación profesional, sean éstos conceptuales, metodológicos, administrativos, técnicos o expresivos. Sin esta referencia, los saberes se dispersan con mucha facilidad en la mente de los estudiantes, pierden su sentido y acaban compitiendo entre sí por el lugar protagónico en la formación, lugar en el que normalmente se instalan aquellos que, con razón o sin ella, se reconocen más cercanos a las demandas operativas del ejercicio profesional, es decir, aquellos que desde la inadecuada oposición se ubican del lado de la «práctica».

Desde esta óptica los espacios curriculares destinados al trabajo teórico sistemático en sus distintos tipos enfrentan la exigencia de resolver la referencia a la práctica de la comunicación sin renunciar a los niveles de abstracción propios y sin banalizar los contenidos en el afán de facilitar su apropiación. Esta exigencia puede atenderse, por una parte, en la medida en que el trabajo teórico sistemático renuncie a desplazar, descalificándolo, al saber teórico ordinario y, por el contrario, se monte sobre este último para permearlo desde dentro. En otras palabras, en la medida en que se realice una discusión entre ambos saberes a propósito de la práctica y el saber teórico sistemático demuestre su capacidad de informarla de mejor manera. Por la otra, en la medida en que la enseñanza se desplace de la transmisión de contenidos conceptuales predeterminados y cerrados, a un trabajo orientado a la formación de la actitud y competencia para la teorización pertinente. El paso del contenido a la competencia es no sólo necesario desde un punto de vista pedagógico, sino inevitable frente a la imposibilidad de prever las múltiples modalidades de la práctica comunicacional y sus exigencias de intelección. Metodológicamente un esfuerzo en esta dirección implica enfrentar al estudiante a las prácticas concretas de comunicación, las suyas o las de otros, y ofrecerle los recursos lógicos y de pensamiento para que las observe, teorice sobre ellas y discuta, desde esa teorización, la de otros, sean éstos los autores consagrados, los compañeros o el profesor.

Por su parte, el trabajo alrededor de aquellos saberes vinculados con las destrezas y habilidades de producción de mensajes en sus aspectos técnicos y expresivos enfrenta una problemática igualmente difícil. Es necesario, en un primer momento, que este trabajo renuncie a su pretensión de identificarse con la práctica de la comunicación y asuma el lugar que le corresponde dentro de las operaciones de la actividad. Problema de mentalidad. Segundo, si toda actividad responde a una racionalidad, es imposible desvincular sus operaciones específicas del significado de la práctica. Más allá de que puedan existir situaciones educativas para el desarrollo de las destrezas sin más, aprender a producir mensajes y todo lo que ello requiere implica la pregunta por la racionalidad y por la manera cómo ésta está teóricamente informada. Volvemos a lo mismo: no hay actividad de producción sin teoría de la producción, sin teoría de la comunicación y sin teoría social. El problema radica en que esta teoría en muchos casos asume en nuestras carreras la pobre forma de receta apoyada en esquematizaciones igualmente pobres del proceso de la comunicación, sin referencia orgánica a teorías generales y de mayor nivel de abstracción. Metodológicamente el reto consiste –nuevamente– en reconocer la producción como parte de la práctica comunicacional y en explicitar y discutir los supuestos teóricos que la informan.

Si la referencia es a la práctica, aprender a diseñar un cartel o a producir programas de radio o televisión debe significar en el estudiante y en sus maestros aprender a realizar la comunicación a través del diseño gráfico, la radio o la televisión, lo cual es sustancialmente otra cosa. Decía Arturo Rubinstein, cuestionado por sus estudiantes sobre la mejor manera de desarrollar la técnica de la digitación en el piano, que lo importante no era llegar a ser un buen pianista, sino un buen músico que hiciera música a través del piano. La metáfora es válida para la formación de los comunicadores. En esto se distinguen, precisamente, las carreras de comunicación de las carreras de diseño, radio o televisión.

Para concluir: no encuentro otra manera de atender las tensiones que atraviesan la formación profesional de comunicadores, si no es mediante un acorralamiento sistemático de la práctica comunicacional desde todos los frentes. Si la pregunta es la misma, todos los saberes tenderán a tocarse en cualquier momento y desde cualquier punto. Todo es cuestión de darles la oportunidad.

Al final de cuentas, como diría Kurt Lewin, «nada hay más práctico que una buena teoría».

(*) La discusión sobre acción y práctica social es uno de los puntos centrales de la sociología en prácticamente todas sus escuelas y corrientes. La elaboración que presento está inspirada en FERNANDEZ FONT, Jorge. «Significación y comunicación política. Perspectivas teóricas de una práctica», ponencia presentada en el Primer Foro Internacional de Comunicación Social: Comunicación y Poder, Lima, Perú, 1982. Una discusión más reciente y mucho más amplia sobre estos asuntos puede encontrarse en GIDDENS, Anthony. Las nuevas reglas del método sociológico, Amorrortu, Buenos Aires, 1987.